

Barbara Ewing

# CIRCO DE FANTASMAS

Título original: *The Circus of Ghosts*  
Editado en Gran Bretaña por Sphere, 2011

Primera edición: 2013

© Barbara Ewing, 2011  
© de la traducción: Ana Hidalgo Jiménez, 2013  
© de esta edición: Bóveda, 2013  
Avda. San Francisco Javier 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
[www.editorialboveda.com](http://www.editorialboveda.com)  
ISBN: 978-84-15497-44-8  
Depósito legal: SE-4682-2012  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

<i>Apunte histórico</i> .....	11
1 .....	13
2 .....	17
3 .....	27
4 .....	41
5 .....	51
6 .....	57
7 .....	75
8 .....	81
9 .....	111
10 .....	113
11 .....	147
12 .....	151
13 .....	165
14 .....	169
15 .....	181
16 .....	189
17 .....	193
18 .....	209
19 .....	213
20 .....	237
21 .....	259
22 .....	265

23	271
24	283
25	285
26	295
27	305
28	315
29	323
30	335
31	347
32	353
33	357
34	367
35	371
36	397
37	401
38	417
39	423
40	431
41	443
42	457
43	485
44	495
45	501
46	511
47	519
48	543
49	555
<i>Bibliografía</i>	593
<i>Agradecimientos</i>	595

*Para Bill, una vez más*



## APUNTE HISTÓRICO

*A mediados de la década de 1840, las publicaciones en prensa, más bien morbosas, sobre un escandaloso asesinato en la alta sociedad de Londres (vinculado de forma poco convincente a la sospechosa práctica de mesmerismo y a la sumamente respetable reina Victoria), forzaron a la protagonista principal de esta historia, una mesmerista absuelta del asesinato por un jurado, pero marcada irrevocablemente por la cobertura mediática de los acontecimientos, a abandonar Londres e ir a América con el grupo de personas, más bien extraño, al que ella llamaba «su familia».*

*Se sabe que con ellos, por razones del corazón, viajó el inspector Arthur Rivers, uno de los principales detectives británicos de la recién formada división de policía con sede en Scotland Yard, cerca de Whitehall.*

*Las hermanas Fox, pioneras en el culto a las mesas parlantes y que afirmaban hablar con los difuntos, fueron un fenómeno americano en el siglo XIX, avivado por la prensa americana. Se cree que el opio estaba detrás de todo. El alcoholismo y los escándalos llegaron más tarde.*

*Gallus Mag fue un personaje muy conocido del hampa de las bandas de Nueva York en el siglo XIX. Y todavía se puede en-*

*contrar algún que otro reportaje sobre la interpretación de la señorita Ray, del Teatro Real de Nueva Zelanda, en El Jefe de los bandidos.*

*Y aunque Sigmund Freud no forma parte en sí de esta historia, es interesante destacar que visitó América, con sus teorías sobre el psicoanálisis, en el año 1909. La visita no fue un gran éxito. Más adelante, Freud describiría a América como un «gigantesco error».*



**E**N SU GRAN CASA, EN LA ZONA MÁS ELEGANTE DE LONDRES, el viejo y depravado duque Llanefydd se sirvió *whisky* y gritó:

—¡Encuentren a esa ramera! ¡Encuentren a esa furcia!  
¡Encuentren a esa actriz!

—Nuestras investigaciones, milord, han demostrado que hace algún tiempo que se marchó a América y, siento tener que informarle de esto, se incorporó a un circo.

—¿Qué quiere decir con sus «investigaciones»? ¡Estaba ahí, en el *Times*, a la vista de todo el mundo, para que se rieran!

—En efecto, el asunto fue divulgado por la prensa, señor.

—¡Pues encuentren a esa ramera!

—América es un país muy extenso y anárquico, señor.

—Bien, si es extenso y anárquico la furcia se encontrará en alguno de los lugares más obvios, ¿no? Washington, Nueva York, Boston. ¿Acaso cree que no conozco la geografía de esa desleal y revolucionaria tierra de traidores, patanes irlandeses y demócratas? ¡Claro que la puta actriz se iría allí! Ella mató a mi hijo.

El señor Doveribbon padre, acaudalado abogado al servicio de la nobleza, hombre corpulento acostumbrado a la co-

modidad pero a quien no invitaron a sentarse en aquella reunión, se aclaró la voz e intercambió una mirada de preocupación con su hijo, el señor Doveribbon hijo, reputado abogado y hombre de mundo.

—Milord, creo que debe descartar esa idea, pues todo el mundo reconoce y sabe que a su hijo lo asesinó su propia esposa.

El duque resopló y gesticuló al mismo tiempo que tiró la botella de *whisky* al suelo de mármol, haciéndose añicos y derramando su dorado contenido sobre las elegantes botas del señor Doveribbon hijo, horrorizando aún más al elegante joven. Un empalagoso olor a *whisky* emergió y un sirviente apareció, como si de un milagro se tratase, con una escoba, otra botella y cara de mártir.

—Puede que *lady* Ellis matara a mi hijo «literalmente», que empuñara la daga, ¿pero quién mató a mi hijo «moralmente»? ¡Esa furcia! ¡La actriz!

Tal vez fuese incongruente oír la palabra «moral» en aquella habitación de canallas en Mayfair. No solo por el duque, también por el sirviente, el abogado, el hijo del abogado y el doctor, que intentaba escuchar tras la puerta pasando desapercibido. Ninguno de ellos habría reconocido el significado de la palabra «moral» aunque lo tuvieran delante de sus narices.

—Quiero a esa puta actriz eliminada y quiero que la «hija», sea cual sea su nombre, mi sangre, mía, mi nieta vuelva conmigo. Es mía. Ella debe cuidar de mí. Ella es la hija de mi hijo a pesar de que su madre sea una furcia —bebió *whisky* de la segunda botella—. Estoy solo —las lágrimas empañaron su astuta mirada y rodaron por su astuto rostro—. La quiero aquí, conmigo —y entonces las lágrimas se le secaron tan rápido como habían aparecido—. ¡Y, cuando lo consiga, podré frenar

las repugnantes y avariciosas intenciones del primo de mi hijo! ¡Ese buitre que está esperando a que yo muera para heredar Gales!

El señor Doveribbon padre se aclaró la voz.

—La muchacha es descendiente pero es mujer, milord. Según la ley ella no podría heredar ninguna parte de Gales que usted posea.

—¡La antigua y noble familia de Llanefydd está por encima de la ley! ¡Yo cambiaré la ley! Esa muchacha tiene mucho más sentido común que su hermana, por quien hice mucho, y que ese estúpido chico caprichoso... —El *whisky* volvió a salir salpicado—. ¡Ella tendrá que volver conmigo pues ese es mi derecho! ¡Y la madre debe ser eliminada!

—Cuando dice «eliminada», señor, quiere decir...

—¿Qué cree que quiero decir, imbécil? ¡Seguro que se puede pagar a un destripaterrones irlandés para que encuentre un rincón oscuro en esa tierra de traidores! ¿Es que tengo que explicárselo todo? —Entonces observó al abogado y a su hijo con una mirada maliciosa contenida y el tono de su voz se volvió suave—. Mi dinero, por supuesto, está a su disposición. Todos los gastos. Pagaré cualquier factura. Altos honorarios. ¡Solo tiene que encontrar a esa puta actriz! ¡Y traerme a mi nieta!

Ya que se estaba hablando de tal cantidad de dinero, el señor Doveribbon padre, consideró:

—Tendría que mandar a mi hijo a América y él es un inglés con buena presencia.

El señor Doveribbon hijo, con sus botas manchadas de *whisky*, parecía algo inquieto. En efecto tenía mucha presencia. A decir verdad, él mismo sabía que era incluso irresistiblemente atractivo, pero no era estúpido y, aunque su padre no lo sabía, estaba muy involucrado en una dudosa compra de terre-

nos en una zona de viviendas recién construidas alrededor de Edgware Road. Por lo tanto tenía sus propios planes y en ninguno estaba viajar a ningún lugar de América.

—Encontrar a la madre y a la hija —continuó su padre— será una tarea larga, ardua y costosa.

—¡Elimine a la madre! ¡Esa furcia con el pelo blanco y negro! Si ella interfiere nada saldrá bien. ¡Elimine a la madre y tráigame a mi nieta!

—Necesitaremos un buen anticipo a cuenta de los gastos, señor.

Otra vez aquella mirada maliciosa y astuta.

—¡Nada de míseros anticipos! ¡Elimine a la madre, tráigame a mi nieta y le daré diez mil libras!

Los Doveribbon casi se desmayaron ante tal declaración. «¿Diez mil libras?». Diez mil libras era una fortuna insólita, incluso en el turbio mundo de la abogacía.

No obstante, el instinto incitó al señor Doveribbon padre a rechazar aquella particular colección de órdenes. El duque de Llanefydd era uno de los nobles más acaudalados y destacados de Inglaterra, sin duda, pero también se le conocía por ser de poca confianza, incluso entre aquellos en los que la falta de credibilidad era lo más natural. Y «eliminar» era algo que el señor Doveribbon dejaba a hombres más bárbaros. Sin embargo, las palabras «diez mil libras» resonaban en su cabeza. Además, su hijo tenía mucha presencia (de pronto, los sueños del señor Doveribbon se dispararon) y podría ser que incluso causara buena impresión a la heredera. Codicia e instinto luchaban en la mente del señor Doveribbon padre.

Venció la codicia.

**E**N NUEVA YORK, TODA CLASE DE PERSONAS (QUE SE REFERÍAN A SÍ MISMAS COMO «sin clase») acudían a El Asombroso Circo de Mr. Silas P. Swift, que tenía algo de salvaje, de exótico, de vulgar y de peligroso. En la impetuosa, abarrotada, ruidosa y lucrativa ciudad de Nueva York, El Asombroso Circo de Mr. Silas P. Swift era el más conocido y el más visitado. El alegre y llamativo banderín que tenía sobre la Gran Carpa se podía ver desde Broadway y los carteles del circo eran más grandes, más llamativos y más atrevidos que cualquier otro.

¡PASEN Y VEAN!  
¡PASEN Y VEAN!  
EL ASOMBROSO CIRCO DE MR. SILAS P. SWIFT  
presenta  
a la ASESINA absuelta de LONDRES:  
¡MISS CORDELIA PRESTON, LA FAMOSA  
MESMERISTA!  
Y a su hija *miss* Gwennlliam Preston,  
¡SENSACIONAL ACRÓBATA!  
Acompañadas por los jinetes y los artistas con más talento  
del mundo del circo.  
Y ANIMALES SALVAJES como  
¡UN PELIGROSO LEÓN AFRICANO!  
¡UN ENORME ELEFANTE AFRICANO!  
¡UN CAMELLO DE ARABIA!  
¡CABALLOS DANZARINES!  
¡MAGNÍFICOS ACRÓBATAS, COWBOYS  
MEXICANOS!  
¡INTRÉPIDOS TRAGAFUEGOS!  
¡PAYASOS Y ENANOS!  
¡El espectáculo más fascinante jamás visto en nuestro país!  
Solo por 1 dólar (niños 75 centavos)

«Asesina y mesmerista» eran las palabras que resonaban, igual que «peligroso león africano»: la multitud, y los dólares, invadía la Gran Carpa del señor Silas P. Swift, de enormes paredes de lona y suelo de serrín y asientos de tablas de madera para mil quinientas personas. Cerca de allí, los vendedores ambulantes montaban tenderetes para vender ostras, cerveza, zarzaparrilla y grandes pasteles.

Aquella tarde acudieron los concejales de la ciudad acompañando a sus hijos vestidos con elegantes atuendos. No muy lejos de ellos, pero en la parte de atrás, en la sombra, se encontraban los miembros de la banda criminal más despiadada de Nueva York, sentados de forma poco elegante sobre los precarios asientos de madera, riendo y comiendo de los grandes pasteles. Llevaban camisas oscuras y pendientes de oro en las orejas.

El domador de leones ya había escapado de una muerte segura (tal y como hacía dos veces al día), el elefante barritaba con fuerza mientras que los payasos hacían malabarismos con bolas de colores y el jefe de pista del circo, con chaqueta roja y sombrero, hacía chasquear su látigo. Los tragafuegos lanzaban llamas al público, que apestaba a sudor, excitación y cerveza y que, a su vez, inhalaba el fascinante y particular olor a animales salvajes y a serrín y a lonas y a lámparas de aceite y a excrementos y a fuego: mientras que la banda de música tocaba marchas patrióticas. Y todo el tiempo la *troupe* del circo, como de costumbre, se hacía comentarios entre ellos continuamente sobre el público, entre los gritos de «¡alehop!» y «¡hurra!» y los rugidos del león. El circo conseguía entretener a los espectadores, que quizás no sabían que ellos también eran entretenidos. Tanto las hermosas muchachas como los presuntuosos concejales y los malhablados gánsteres, puede que no se hubiesen dado cuenta de que estaban siendo observados pero, en efecto, lo estaban. Los artistas se llamaban entre sí con su propio lenguaje circense: una mezcla de nuevo argot americano —busca-nido, engaño-bos—, y se comunicaban con gestos más bien teatrales que podían haber parecido parte del espectáculo, y con gritos en español de los charros, los salvajes y hábiles *cowboys* mexicanos. Uno de los tragafuegos fue quien señaló a los concejales de la ciudad, aquellos hombres con tantos favores que otorgar, y uno de los

enanos corrió derecho hacia los escalones de madera que había entre el público y plantó un beso en la mejilla de uno de ellos. Pensara lo que pensase el concejal sobre aquel gesto espantoso y poco fragante, saludó, por supuesto, al público aceptando aquel honor y rio enérgicamente mientras que los acróbatas se balanceaban más y más alto y las luminosas lámparas de aceite brillaban por todas partes y se reflejaban de vez en cuando en los relucientes pendientes y cruces de oro que los miembros de la banda criminal llevaban colgados alrededor del cuello, a pesar de que se habían sentado en la parte de atrás, lo más alejados posible. Y sentado entre los miembros de la banda criminal se encontraba el miembro más alto de todos ellos: de cabellos rebeldes y con gruesos tirantes; solo si te fijabas detenidamente podías darte cuenta de que la figura alta y salvaje era la de una mujer. Y solo si por casualidad te fijabas muy muy detenidamente, podrías haber visto a la mujer de cabellos rebeldes y a uno de los concejales de la ciudad (una de las más insólitas combinaciones) intercambiar un saludo con la cabeza casi imperceptible. Los enanos corrían y daban volteretas y los charros galopaban más y más rápido dando vueltas por la pista. Pasó el gruñón elefante africano barritando y pasaron los payasos con la cara pintada de blanco y sus grandes sonrisas rojas pintadas y sus falsas narices rojas y sus exagerados zapatos negros, y la banda de música con su tuba y sus trompetas y sus tambores sonando.

Y Silas P. Swift era, sobre todas las cosas, un director de espectáculos teatrales incomparable.

De repente dejó de sonar la música. De repente, los payasos, los charros, los enanos y los tragafuegos atenuaron las luces de las lámparas y, de repente, los acróbatas volaron como difusos y silenciosos pájaros sobre el público. Y, entonces, su estrella del espectáculo, su hermosa, escandalizadora y desgraciadamente famosa mesmerista emergió lentamente de las som-



bras desde el fondo de la Gran Carpa. El público tomó aire y en la penumbra vislumbró a una hermosa mujer madura cubierta por largos y flotantes pañuelos. Y mientras los tambores redoblaban suavemente, ella alzó los brazos, los largos y centelleantes pañuelos cayeron de su cabeza y todos vieron que tenía unos ojos enormes y el rostro pálido. Y vieron que tenía un extraordinario mechón blanco entre el cabello negro, como si alguna vez hubiese sufrido una conmoción que hubiese vuelto anciano, sabio o fantasmal parte de su pelo. Entonces, una extraña voz ronca, que se utilizaba en grandes espacios, anunció:

—¿A quién puedo ayudar a aliviar su dolor?

Y, pensarán o no que se trataba de una asesina, algunas personas avanzaron o algún familiar las acercó. Habían oído hablar de los poderes del mesmerismo y eran personas que querían milagros. Desde las sombras, la mesmerista miró un instante a los acróbatas como si esperase una señal. Y, entonces, señaló a un hombre pálido que se encontraba entre la muchedumbre con los hombros encorvados por el dolor.

El hombre se acercó, nervioso. La mesmerista se adelantó unos pasos, sentó al hombre en una silla que había aparecido de forma misteriosa y le habló con dulzura y en voz baja. Qué gran esfuerzo tuvo que hacer el público para oír sus palabras. ¿Fueron «deje que yo me ocupe de usted» o fue algún disparatado conjuro? Y, entonces, la enigmática mujer, sin apartar sus ojos del hombre, empezó a mover los brazos una y otra vez justo por encima de él: una y otra vez, una y otra vez, movimientos amplios, enérgicos y rítmicos justo por encima del cuerpo, sin tocarle, respirando profundamente una y otra vez, totalmente concentrada, haciendo que su propia energía penetrase en el dolor del hombre e intentando sacarlo fuera, expulsarlo. ¿Parecía que le susurraba? No estaba claro. La enorme, calurosa, abarrotada, hedionda y mal ventilada carpa

permanecía en silencio: el público estaba hechizado. Pudieron ver cómo el hombre pálido se dormía, observaron el ritmo enérgico pero suave de los brazos de la mujer. Movía los brazos una y otra vez, sin tocarle. Una y otra vez.

Y, al final (porque la mesmerista había escogido al paciente con cuidado y con la ayuda de su hija, que volaba sobre el público en el trapecio, ya que sabían que no podía curar miembros rotos o tumores cancerosos: solo podía aliviar el dolor), al final, entonces, el hombre se despertó con el rostro despejado y el cuerpo enderezado. Perplejo y aliviado, el hombre miraba a su alrededor, sorprendido. Y, de pronto, mientras le acompañaban fuera de la pista del circo, sonriendo levemente sin dar crédito, volvieron las brillantes luces y los payasos a dar volteretas y el león rugió y los acróbatas volaban y hacían piruetas en el aire repentinamente iluminado.

—¡Alehop! ¡Alehop! —exclamaban mientras se balanceaban de un trapecio a otro y la banda tocaba música alegre.

Y cuando el público miró de nuevo al centro de la pista, ya no había nadie.

—¿Era un fantasma? —susurró a sus compañeros uno de los hombres con pendiente de oro, medio en pie, inseguro, y su voz sonó casi como la de un niño.

—Siéntate, Charlie. Maldito estúpido —dijo la mujer alta y salvaje, con los tirantes sujetándole la falda, y se inclinó hacia él dándole un tortazo—. ¡No es más que un truco!

Sin embargo, a la luz de las lámparas, el rostro de Charlie estaba pálido. Bajo el sonido de la banda de música, ella le susurró con malicia al oído:

—«¡Que el diablo te vuelva negro, pálido bobo! ¿De dónde has sacado esa cara de ganso?»<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> *Macbeth*. Acto 5, escena 3. (N. de la T.).

Pero él se la quitó de encima y escupió tabaco.

En aquel momento los charros galopaban por la pista haciendo pirámides humanas, peligrosas y hábiles, cada vez más rápido, hablándose unos a otros en español.

—Putos extranjeros —dijo Charlie escupiendo tabaco de nuevo, aquella vez sobre las paredes de lona de la carpa. Su mirada se perdió en el lugar donde había estado el fantasma, pero la hermosa y enigmática figura había desaparecido.

El *New York Times* publicó:

*Las informaciones que nos llegan desde Londres describen a Cordelia Preston, mesmerista, como una mujer escandalizadora y profundamente inmoral que, según se dijo, mató al padre de sus hijos, lord Morgan Ellis, heredero del duque de Llanefydd, quien posee, parece ser, la mayor parte de Gales. (Nos preguntamos cómo se sentirán los galleses). Actualmente se sabe que la verdadera asesina fue la esposa de lord Ellis, prima de la reina Victoria. Pero, tal y como nosotros sabemos muy bien, en nuestra amada y democrática república, aquellas personas cercanas a la monarquía están protegidas por la misma. En este caso hasta la verdad fue imposible de ocultar, pues lady Ellis intentó matar también a Cordelia Preston.*

*No todos los aspectos de este asunto han salido a la luz, y no hay duda de que Cordelia Preston, absuelta del cargo de asesinato, es en efecto inmoral y, desde luego, escandalizadora: se sabe que ahora trabaja como mesmerista en El Asombroso Circo de Mr. Silas P. Swift aquí, en Nueva York, hecho que habla por sí solo. Pero este periódico también ha averiguado por casualidad que tanto Cordelia Preston como*

*su hija, Gwenlliam Preston, acróbata, habitualmente ofrecen de forma gratuita sus servicios como mesmeristas, anónimamente, a uno de los hospitales de Nueva York que hace uso del mesmerismo como anestesia durante dolorosas operaciones. Ambas trabajan junto con monsieur Roland, conocido mesmerista que fue formado por el mismísimo doctor Mesmer, y hemos descubierto que tiene mucho éxito ayudando a los pacientes.*

*Sea cual sea la historia completa, permítannos reiterar, como hacemos tan a menudo, que Dios bendiga a América, tierra de la libertad, y, al menos, permítannos estar agradecidos a Cordelia Preston y a su hija por sus buenas obras.*

El señor Silas P. Swift (que se había encargado de poner en conocimiento del *Tribune* las anteriormente mencionadas buenas obras) se frotó las manos de regocijo mientras que la cifra de asistentes al circo crecía cada vez más. Se había arriesgado al traer a las escandalizadoras señoritas Preston a América y eso le había dado resultado más allá de todas sus expectativas. Él era consciente de que aquello había funcionado muy bien, al menos en parte, porque la señorita Cordelia Preston, que había trabajado durante mucho tiempo como actriz, y la señorita Gwenlliam Preston, a la que habían educado como a la hija de un noble, tenían una gracia y una dignidad en el porte que no coincidían con las escabrosas historias que las rodeaban. La hija era muy guapa y se estaba convirtiendo en más que una excelente acróbata y funambulista, pero su madre, la mesmerista, con aquel llamativo mechón blanco en medio de su oscura melena, era de una belleza encantadora: tenía algo en su rostro casi translúcido, en sus pómulos y en sus ojos oscuros y misteriosos.

Entonces, la multitud llegaba a raudales dos veces al día. Cientos y cientos. Miles. Todos respirando el fascinante olor a serrín, a boñiga de elefante, a lona, a animales salvajes, a lámparas de aceite, a barro y a entusiasmo. Y dos veces al día, en un pequeño carromato situado en medio del círculo que formaban los demás carromatos, detrás de la Gran Carpa, la señorita Cordelia Preston, inmoral asesina absuelta, se ponía su traje suelto y vaporoso y se colocaba los largos y flotantes pañuelos sobre su pálido rostro. En ocasiones, un inesperado y doloroso recuerdo la atrapaba y tenía que inclinarse, jadeando por la conmoción y, su hija, Gwenlliam, apartaba rápidamente los trajes y los pañuelos y los zapatos y el largo balancín para llegar hasta su madre. Por un instante las dos se acunaban ligeramente, abrazándose para darse consuelo. Una vez, Cordelia encontró a su hija, siempre tan tranquila y tan sensata, llorando desconsoladamente, vestida con su reluciente y brillante traje de acróbata en la pequeña y abarrotada caravana. De inmediato la abrazó con fuerza, respiraron ambas a la vez y creyeron escuchar un sonido lejano: «shshshshshshshshshshsh». Creyeron oír el mar en una larga, larga playa y creyeron oír a unos niños llamándose en voz alta: «¡Manon! ¡Morgan!».

«Manon».

«Morgan».

Los hijos de Cordelia. La hermana y el hermano de Gwenlliam.

Y entonces se vistieron y abandonaron el pequeño carromato. Y permanecieron muy unidas y sonrieron y bromearon y hablaron mientras se acercaban al elefante, de grandes orejas y pequeños y vivos ojos. Se unieron a los payasos y a los charros y a los tragafuegos y a los enanos y a los demás acróbatas en la parte de atrás de la Gran Carpa mientras que el peligroso león rugía y, de repente, el impredecible elefante barritó con fuerza

y los mexicanos llamaron en español a sus caballos. Y en lugar del sonido del mar, Cordelia Preston y su hija Gwennliam oyeron una vez más el sonido de los gritos estentóreos y entusiasmados de la enorme y bulliciosa multitud de Nueva York que se encontraba dentro, esperando la magia del circo.